

La Gran Vía

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Domingo 30 de Julio de 1893

NÚMERO 5.

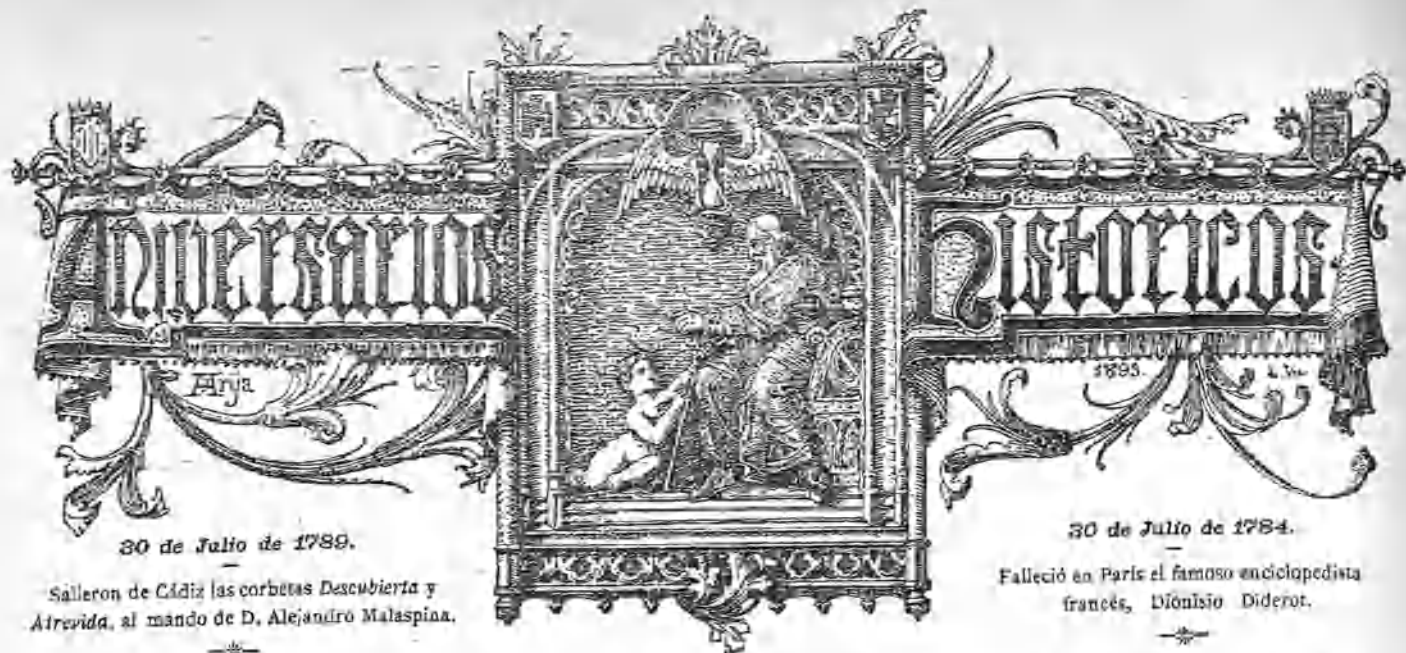
DIRECTOR:

Felipe Pérez y González

NOTAS ARTÍSTICAS



El Contrabandista.—Dibujo original é inédito de D. José Jiménez Aranda.

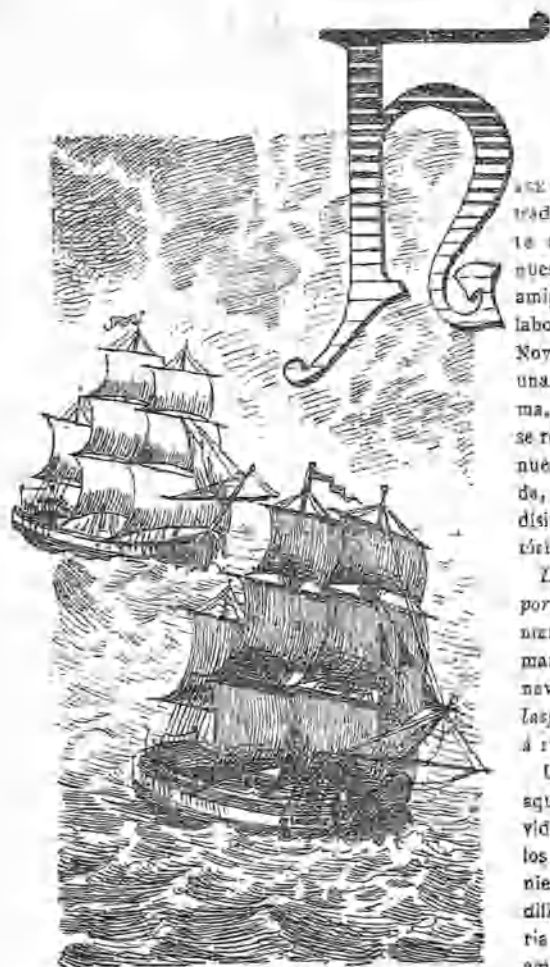


30 de Julio de 1789.

Salleron de Cádiz las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, al mando de D. Alejandro Malaspina.

30 de Julio de 1784.

Falleció en París el famoso enciclopedista francés, Dionisio Diderot.



HAZ pocos años, un ilustrado marino y excelente escritor español, nuestro muy querido amigo y distinguido colaborador D. Pedro de Novo y Colson, publicó una obra interesantísima, no sólo por lo que se refiere al prestigio de nuestra gloriosa armada, sino por su grandísima importancia histórica y científica.

La vuelta al mundo, por las corbetas Descubierta y Atrevida, al mando del capitán de navío D. Alejandro Malaspina, desde 1789 á 1794.

Un siglo hacía que aquella obra estaba olvidada bajo el polvo de los archivos, cuando vinieron á sacarla á luz la diligencia extraordinaria del Sr. Novo, su amor al brillante cuerpo á que pertenece, y el

nobilísimo desinterés con que ha sacrificado fortuna y reposo para publicar obras que honran nuestra literatura, como la colección de *Autoría española contemporánea*, y que enaltecen nuestras glorias navales, como su *Historia de la guerra de España en el Pacífico*.

«Es triste considerar—dice el erudito editor de aquella obra—que el inapreciable tesoro de gloria y ciencia cosechado en esta expedición, ha permanecido oculto cerca de cien años, á causa de la venenosa política, que asomó su cabeza de Medusa; recordar que aquel tesoro estuvo condenado á desaparecer, á ser destruido por odio ó envidia á un hombre eminente, y tocar como resultado de este anatema, que no sólo los extranjeros, sino los españoles, poseen una muy vaga idea de la notabilísima expedición, y también ideas vagas de su importancia sólo por presentimiento, ó por lo que han escuchado á algún erudito.»

Siempre la miserable politiquilla personal ha sido causa en Espa-

ña de innumerables desaciertos, de monstruosas injusticias, y de gravísimos perjuicios para el país; por ella se han sacrificado y perdido legítimas reputaciones y verdaderas glorias; se han malogrado en germen grandes pensamientos, útiles inventos, proyectos beneficiosos; y esta pobre nación, siempre noble, siempre generosa, siempre sufrida, víctima constante del egoísmo, de la avaricia y de la avidia de los que han tomado la política como base para su lucro y para su injustificada preponderancia, ignora los nombres de muchos de sus buenos hijos, que con su talento y con su ilustración la hubieran enaltecido y beneficiado, á no haberlos eclipsado, oscurecido y anulado las insolentes medianías, entronizadas por su atrevimiento, y las miserables nulidades, endiosadas y protegidas por el más repugnante favoritismo.

España es un país donde la modestia raya en timidez, donde el hombre que más sabe, parece que se oculta avergonzado de su saber, dejando libre el paso y franco al camino al desvergonzado aventurero que sólo va á su negocio, pregonando su sabiduría como el charlatán que, subido en un coche en medio de una plaza pública, reúne más gente que el sabio escondido en la oscuridad de su bufete ó de su laboratorio. España es un país donde el vulgo impresionable y vehemente con tanta facilidad hace una reputación exagerada y frívola, como destruye la más justificada y firme; donde se olvida pronto lo que más se le celebrado, donde se celebra con más pasión y menos discernimiento lo que nos fascina ó nos impresiona en un momento dado, haciéndonos llegar al entusiasmo un día, y llevándonos al siguiente á la indiferencia ó al desprecio más extremado, y en algunas ocasiones más injusto.

Culpa de ello tiene nuestro carácter meridional y apasionado; pero mayor culpa tienen las intrigas cortesanas y la politiquilla personal y odiosa, que en todo tiempo han motivado nuestros desastres y nuestras desventuras, y en todas las épocas han sido causa de que los hombres que más han engrandecido á la nación, se hayan visto perseguidos y castigados, mientras prosperaban orgullosos y triunfantes los que han sido causa de nuestra decadencia y de nuestra ruina.

Así, el nombre de Godoy, el favorito impudente de un Rey imbecil y de una Reina liviana, es hoy conocido, y en cambio pocos son los que tienen noticia del nombre de Malaspina, el valeroso é ilustrado marino que, partiendo de Cádiz el 30 de Julio de 1789, mandando las dos corbetas *Descubierta* y *Atrevida*, realizó un viaje de circunnavegación no menos importante que los de Cook y La Perouse, y cuya relación y memoria hubieran dado provecho y gloria á España si los odios políticos no hubieran perseguido al ilustre marino y no hubieran escondido y esterilizado su obra.

Un distinguido contemporáneo de Malaspina, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, se expresa, con este motivo, en los siguientes términos:

«A todos nos causó sorpresa el arresto de Malaspina cuando estábamos aguardando la publicación de su viaje. Por largo tiempo se estuvieron haciendo castillos en el aire sobre este incidente; atribulante unos á escritos ruyos; otros, á haber comentado la vida de la reina María Luisa, que poco tiempo antes había aparecido en Francia. Para mí, lo más verosímil, y pudiera decir cierto, es que aquel célebre ma-

rino fué víctima de una intriga entre la Reina y las damas suyas, que fueron la Matallana y la Pizarro, y el Príncipe de la Paq. En un intervalo de desafecto y resentimiento en que andaba la Reina á la sazón de medios para cortar la privanza del valido, fué buscado Malaspina por estas damas para que, á la vuelta de la Lombardia, su patria, adonde iba con licencia, trajese realizado el plan de cierta carta que había de influir con el Rey para tan santa obra. Este plan, escrito incautamente por Malaspina, y guardado por la Reina en una gaveta, fué revelado á Godoy por la Pizarro, estrechada de él por sospechas que la inspiró una indeliberada expresión de la Reina. La Matallana, de quien exigió primero la revelación del secreto, se negó á ello constantemente. El plan, descubierto y pintado por Godoy á Carlos IV con los colores que le convenían, sirvió de instrumento de su venganza. La Matallana fué presa y desterrada de la corte. A Malaspina, después de haber sido preso en el cuartel de Guardias de Corps y confinado en el castillo de San Antón de la Coruña, se le permitió residirse á su país, previniéndole, so pena de muerte, que no volviese á territorio ninguno de la Monarquía española. Los achaques contraídos en sus viajes y en el encierro deterioraron su robusta salud en términos que, á poco de haber llegado á la Lombardia, falleció en el desconsuelo de no haber podido volver á España, la cual llamaba patria suya en las cartas á sus amigos.»

Estas fueron la recompensa y el premio que recibió el ilustre marino por su arriesgada empresa, y esos los poderosos motivos que las miserias palatinas y políticas de aquellos tiempos tuvieron para oscurecer aquel nombre, echar en el olvido aquella obra, y esterilizar el fruto de aquel interesantísimo viaje.

Después, el desuido, la indiferencia y la apatía hicieron el resto, y aun hoy, si la iniciativa particular no pone remedio, la obra seguirá envuelta en el polvo secular de los archivos.

Desgraciadamente, en nuestro país los libros se miran con escaso aprecio, no sólo por parte del público, que no recompensa generalmente los sacrificios del autor ó del editor, sino por parte de los Gobiernos, que derrochan, pródigos, miles de duros para preciar la ligereza de caballo extranjero; escatiman, avariciosos, unos miserables céntimos, concedidos á regañadientes para la adquisición de obras españolas, y no tienen en su presupuesto una partida digna para la edición ó reimpresión de aquellos libros antiguos ó modernos que sean merecedores de popularizarse, y de que se evite su pérdida y su destrucción.

Pudiera creerse que aquí la mayoría de las gentes, y aun los mismos Gobiernos, tienen de los libros y de los trabajos intelectuales una idea semejante á la que de ellos tenía la mujer de Diderot, el famoso enciclopedista francés, cuya muerte, acaecida en esta fecha, 30 de Julio, presta oportunidad á este recuerdo.

La señorita Ana Champion, hermosa mujer, alta, joven, robusta de cuerpo y bella de rostro, tenía una candidez rayana en simpleza, que encantó á Diderot antes de casarse con ella, y se la hizo insostenible después de casados. Las necesidades de su matrimonio le decidieron á escribir para el público cuando ya había cumplido los treinta años, y su primera obra fué una traducción del inglés; la *Historia de Grecia*, por Stanyan, trabajo que le valió cien escudos. Refieren algunos biógrafos de Diderot que el librero á quien aquél vendió su traducción, le llevó el dinero en ocasión de no estar en su casa, y la entregó á su mujer. Sorprendióse ésta al ver tanto dinero junto; pero su sorpresa llegó á los límites del mayor asombro cuando, al regresar Diderot, la explicó que todo aquel dinero lo debía á un montón de cuartos

de las escritas. La discusión, mejor dicho, la pelotera del matrimonio, debió ser christosísima. Madama Diderot, escandalizada, acusaba á su marido de haber abusado de la buena fe del pobrecito editor y de haberlo engañado miserablemente, obstinándose, como mujer piadosa y justa, en que Diderot corriera á devolver aquella suma, que era en aquellos momentos su salvación, para que la restitución devolviera la tranquilidad á su conciencia.

Diderot, que no era de la opinión del epigramista español que buscaba la mujer

«para querida, lista,
y para esposa, tonta.»

renegó de la tontería de su esposa, á la que ya no podía soportar, á pesar de tener una hija, y aprovechando una ocasión para separarse de ella, trabó relaciones con la mujer de otro literato, madama de Perisieux, escritora también á ratos, aunque de escasisimo valer y pobrisimo ingenio. Diez años duraron estas relaciones, y en todo ese tiempo, Diderot sufrió incesantes ataques al bolsillo por parte de aquella mujer interesada y codiciosa, que le hacía pagar bien caro sus impuros devaneos.

Para satisfacer las exigencias de madama de Perisieux, escribió Diderot sus primeras obras originales. El *Ensayo sobre el mérito y la virtud* produjo cincuenta liras á aquella mujer que no tenía virtud ni mérito, é igual suma la produjeron repentinamente los *Pensamientos filosóficos*, la *Interpretación de la Naturaleza* y los *Dijes indiscretos*, verdadera basura literaria, asqueroso trabajo pornográfico, inspirado—con perdón sea dicho—en un sucio cuentecillo del siglo XIII.

A tales extremos llegan los mayores ingenios cuando una mala pasión los perturba y extravía, y el afán de «hacer dinero» para satisfacer, es su único estímulo y su única aspiración.

Una infidelidad comprobada de madama de Perisieux fué el pago natural que Diderot recibió por aquellos sacrificios de su dinero, de su tranquilidad, de su conciencia y hasta de su decoro; y este pago, que es el que siempre dan esas mujeres indignas á las que sólo mueve el interés y el desenfreno, puso por fin término á aquellas relaciones.

Diderot, hombre de gran talento y de grandísima erudición, que conocía perfectamente el inglés, el italiano, el latín y el griego, aunque comenzó muy tarde á escribir, escribió mucho, y cultivó todos los géneros; pero lo que mayor celebridad le ha dado, es su famosa *Enciclopedia*, dirigida por él y D'Alembert, con la colaboración de Rousseau, de Voltaire, y de otros muchos insignes escritores, y que produjo la revolución filosófica, precursora de la revolución política.

La publicación de *La Enciclopedia* le produjo, como era consiguiente, ataques y persecuciones por parte del partido reaccionario y del elemento religioso, especialmente de los jesuitas, en cuyas escuelas ¡cosa rara! habían sido educados casi todos los redactores de aquella obra filosófica. *La Enciclopedia* fué suspendida, y Catalina II de Rusia, gran amigo de Voltaire y gran partidaria de los filósofos, invitó repentinamente á Diderot para que fuera á San Petersburgo á proseguir la obra. Una carta de aquella famosa Emperatriz, dirigida á Voltaire, dice refiriéndose á la estancia de Diderot en Rusia: «Le veo con mucha frecuencia, y nuestras conversaciones nunca terminan... ¡Qué cabeza tan extraordinaria la suya! ¡Qué temple el de su corazón! Así debería ser el de todos los hombres... ¡Ojalá si él se aburría en Petersburgo, pero yo estaría hablando con él toda mi vida sin cansarme.»



Diderot, como casi todos los grandes escritores, hizo también sus tentativas dramáticas. Era el género que más le entusiasmaba, y hasta tenía sus pretensiones de innovador y de haber descubierto teorías nuevas para regenerar el teatro; pero las dos obras que hizo, *El padre de familia* y *El hijo natural*, probaron cuán fácilmente se engañan y se equivoacan en ese terreno los hombres de más talento, y los más excelentes escritores. *El padre de familia* sólo alcanzó seis representaciones. *El hijo natural* cayó en la noche de su estreno.

El famoso «enciclopedista» era hombre de nobles y generosos sentimientos. El Martes de Carnaval de 1741, cuando tenía veintiocho años, pasó el día sin comer, hasta que, por la noche, una señora caritativa le socorrió al verle perder el conocimiento. «Aquel día—dice él mismo,—juré solemnemente que, si alguna vez poseía algo, había de evitar, en cuanto pudiera, á cualquier semejante mío, el pasar un día tan penoso como el que yo pasé.» Y cuéntase que cumplió siempre fielmente aquel juramento. Cuando no podía socorrer por sí algún necesitado, se servía de memorialista para alcanzar el socorro de algún poderoso.

Tales eran en este punto su bondad y su complacencia, que ya muchas gentes acudían á él hasta para que les escribiera sus cartas, y

se sabe, por el testimonio de su hija, que en cierta ocasión llegó á él un vendedor de pomada que hacía crecer el pelo, para que Diderot le escribiera un anuncio pomposo.

«Mi padre, dice madama de Vandeuil, se rió mucho... pero escribió el anuncio.»

Se ha hablado, se habla mucho de la incredulidad y del ateísmo de Diderot; y sin embargo, véase cómo se expresa en *La Religiosa*, hablando de la religión cristiana:

«Entonces comprendí la superioridad de la religión de Cristo sobre todas las religiones del mundo. ¡Qué profunda sabiduría hay en lo que la filosofía ciega llama «locura de la Cruz»! En el estado en que me encontraba, ¿de qué me hubiera servido la imagen de un legislador feliz y colmado de gloria? Yo veía al inocente, al justo, con el costado abierto, con la frente coronada de espinas, y expirando en medio de los mayores sufrimientos, y me decía: «Ese es mi Dios... ¡Y yo me atrevo á quejarme!»

Diderot murió el día 30 de Julio de 1784. El cura de San Roque lo hizo enterrar en su iglesia, en la capilla misma de la Virgen.

TELLO TÉLLEZ.



DIONISIO DIDEROT



¡OH, LA SERVIDUMBRE!

Cinco criados tenía en su casa doña Pía González de Mascarón, y armaban siempre cuestión por la menor tontería.

A veces Antonio, que era como criado un bolonio, insultaba á la niñera, y á su vez la cocinera echaba pestes de Antonio.

La doncella de labor no podía resistir del criado el mal humor, y ¡está claro! á lo mejor acababan por reñir.

Y Antonio, la cocinera, la doncella y la niñera llamaban *impura* al ama de cría, que era de Alhama y estaba gorda y soltera.

Si la llamaban pendón, se defendía muy bien, y siempre, tras el belén, resultaba algún chichón de algún golpe de sartén.

«Blanco,» los unos decían, «negro,» decían los otros; de oro y azul se ponían, de vez en cuando reñían á coces como los potros.

y si de alguna manera trascendía á la escalera situación tan enojosa, complicaba más la cosa su majestad la portera.

Perdidos los miramientos, no había más que rencillas, insidiosos juramentos, engaños, líos, hablillas, infundios, chismes y cuentos.

Y doña Pía exclamaba: — «¡Si os viera bien avenidos, se me caería la baba!» Mas la infeliz no lograba verlos á todos unidos.

Pero llegó la ocasión de hablar mal de doña Pía, con razón ó sin razón: y lo que era desunión, se convirtió en armonía.





y en menos de un cuarto de hora
la lengua devastadora
de aquel quinteto incivil
puso á la pobre señora
como hoja de perejil.



Así los criados son,
Por la más leve cuestión
en desacuerdo han de estar,
¿Que al amo hay que desollar?
Entonces... ¡viva la unión!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

Autógrafos. - V.

¡Pro patria!

La integridad peligra, hasta se teme
que, después de unos duros y Tomares,
el invasor audaz destruya y queme
cortijos y olivares!

¡Al arma, viene Dios!... Vibra que resaca
el toque de cornetas,
y tiembla de coraje el pueblo entero
calada en el fusil la bayoneta.

La patria sacrifica á la metralla
la vida de sus hijos.
Y muere sobre el campo de batalla
honrosa y dignamente... ¡la canalla
que no tiene olivares ni cortijos!

Sinesio Delgado

Actualidades.

A las mujeres y á los niños les encanta la tropa, no sólo por lo que tiene de pintoresco el conjunto de los vistosos uniformes y de los brillantes arreos marciales, por lo que tiene de deslumbrante y de teatral la igualdad en la marcha y la gallardía en los movimientos y por lo que tiene de trastornador, de alegre y de animado el paso doble de las bandas y el toque penetrante de las cornetas, sino porque la debilidad, la timidez y la inocencia, gustan siempre de todo lo que representa fuerza, valor y destreza.

La distracción predilecta de los chicos es jugar á los soldados, ó ir con ellos en formación «cogiendo el paso»; el afán constante de muchas jóvenes es tener un novio militar.

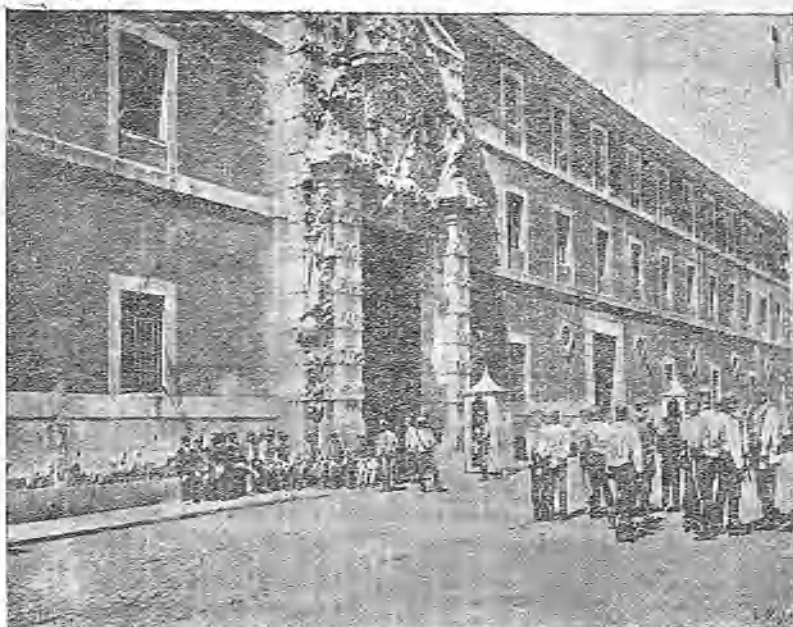
Sabidísimo es que en todo tiempo los militares han sido afortunados en las empresas amorosas, que por algo tienen el mismo nombre de *conquistas* las de Venus que las de Marte, y no hay seguramente quien no recuerde la cancioncilla de una antigua zarzuela, que hace algún tiempo se hizo popular:

«Salen las chicas
á los balcones,
los escuadrones
á ver pasar,
y van prendiendo

sus corazones,
en los cordones
de algún dormán.»

Si el sentimiento se enamora siempre de la fuerza, nada es tan natural como que la fuerza rinda igual tributo al sentimiento. Así vemos, curtidos veteranos, llenos de cicatrices, jugando con los niños como si también lo fueran ellos, y guerreros valerosísimos que mil veces han expuesto su vida con serenidad pasmosa, temblando como azogados y gimoteando como chicuelos al escuchar el relato de cualquier sencilla desgracia, ó al ver en el teatro la representación de cualquier escena conmovedora. La oración que sale de los labios de un soldado, quizás con frase tosca y tono rudo, sin ajustarse á formularios y expresada en términos sencillos y en brevísimas frases, es siempre más hermosa y más sincera que la del rutinario beato que murmura con distraído pensamiento una serie interminable de palabras aprendidas sin conciencia y repetidas sin sentido, como lección de chico ó como relación de loro.

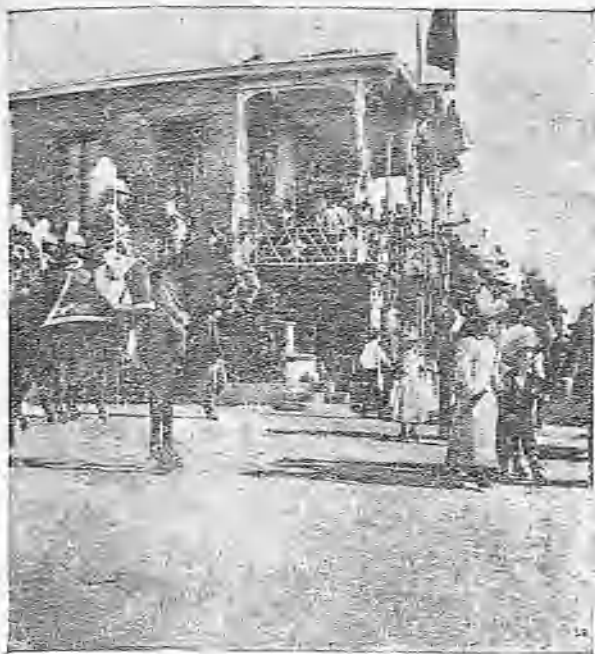
La generosa exposición de la vida, siempre dispuesta al sacrificio por causa tan noble como el servicio de la patria y el amor á la bandera, desarrolla en el corazón del hombre sentimientos de unión, que le hacen mirar á sus





SANTIAGO

Cuadro del excelente artista D. José CASADO DE ALISAL, que figura en la iglesia de San Francisco el Grande.—Madrid.
(De fotografía de los señores Socios de Lauriat.—Fotografía de Ramea.)



compañeros como á hermanos, y sentimientos de religiosidad que empuen á colocarse bajo el patronato de Virgenes ó de Santos predilectos, á realizar actos de caridad admirable, como la fundación y sostenimiento del Colegio de Huérfanos en Valladolid, y á comenzar todas sus fiestas con actos religiosos en que se rinden las armas, en ningún otro caso rendidas, se inclinan las frentes, en cualquiera otra ocasión altivas, y se doblan las rodillas ante el poderoso Dios de los ejércitos.

Cada Arma del Ejército español tiene hoy su patrono especial, al que dedica solemne fiesta: los artilleros celebran el 4 de Diciembre, día de Santa Bárbara; la Infantería se ha puesto bajo el patronato de la Inmaculada Concepción, y la Caballería ha escogido como su patrono al Santo Apóstol, cuyo sepulcro atrae á Galicia en peregrinación numerosos devotos de todas las partes del mundo, al inclito Santiago,

«hijo del rayo, y del tronido fuerte,
bravo y famoso capitán de España

.....
á quien se debe el inmortal renombre



de la noble y gentil Caballería,
que tantos pechos y linajes honra»

como decía el vate Pedro Rodríguez en una canción conservada entre las «flores de poetas ilustres de España;» al «Santo Apóstol, primo de Jesucristo, pariente de su Santísima Madre, restaurador de las Españas y redentor de los españoles,» como le llamaba D. Francisco de Quevedo en el discurso «Su espada por Santiago,» escrito en 1628 cuando se trató de que con el Santo guerrero compartiese el patronato de España la santa Doctora Teresa de Jesús.

En toda España, el Arma de Caballería ha celebrado este año con entusiasmo indescriptible la fiesta de su patrono. La Misa de campaña con que la ha celebrado en Madrid, ha sido imponente y grandiosa. Un popular diario ha hecho esta breve y exacta descripción:

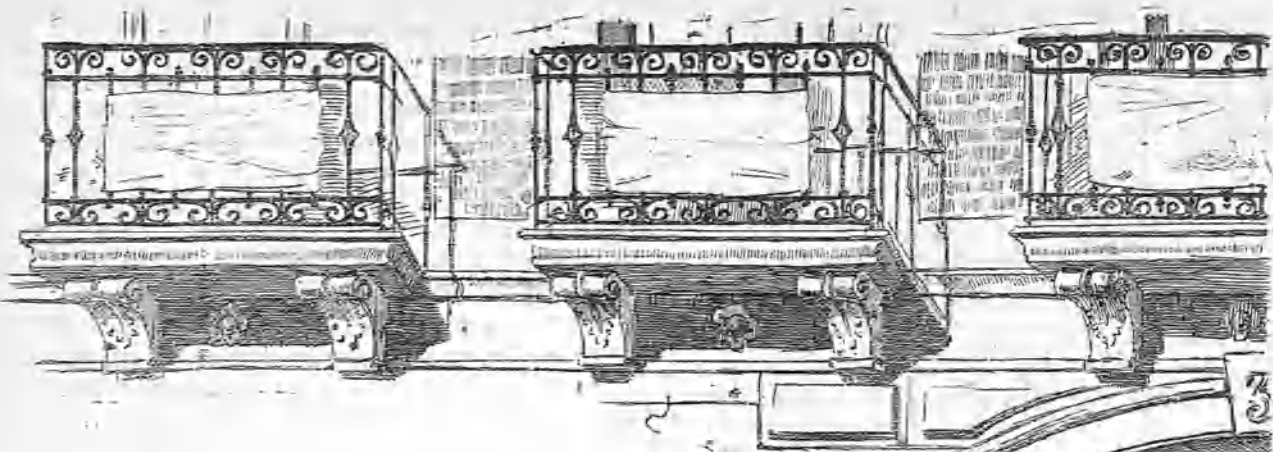
«Hermoso aspecto ofrecía el Hipódromo al comenzar la Misa.

«En correcta formación las tropas en aquella inmensa explanada, con sus cascos bruñidos, y sus armas y sus insignias brillantes; multitud de hermosas mujeres ocupando las tribunas de libre circulación y las inmediaciones de la pista, frente al altar improvisado para el Santo Sacrificio; el Gobierno en una de las tribunas de los Jueces de



campo, y en la otra, gran número de generales, jefes y oficiales del Arma; por las inmediaciones del altar otras muchas personas invitadas, y allá, fuera del Hipódromo, en las cuevas que tantas veces sirvieron de localidad barata en las carreras, una compacta multitud de hombres, mujeres y chicos, algunos de los cuales seguían aún celebrando la verbena de Santiago; vendedores de los que ejercen su industria al aire libre; guardias que hubieron de hacer uso de su autoridad con tal cual muchacho indisciplinado; un cuadro, en fin, animadísimo; el cual, por cierto, no desaprovecharon algunos fotógrafos, á quienes vimos por allí.»

Entre aquellos «fotógrafos» hallábase nuestro muy querido amigo el excelente aficionado D. Luciano Estremera, á quien debemos las «instantáneas» primorosamente ejecutadas, que nos han servido para ilustrar hoy esta sección, á la que, por esta vez, hemos dado carácter distinto del ordinario, en atención al que tiene el acontecimiento de que nos hemos ocupado.



Buscando cuarto

¡Nunca como ahora, Micaela!...

Madrid se despuebla durante el verano, y con mayor facilidad que en otra estación del año podemos encontrar una casa de mejores condiciones, precio y comodidades que ésta que al presente habitamos.

—Dios te oiga, Nicomedes; pero... no las tengo todas conmigo. Es asunto más grave de lo que parece ése de tropezar con buena casa... sobre todo para los que, como nosotros..

—Entendido, entendido: no sigas; todo el mundo busca *lo mejorcito* con arreglo á lo que le permiten sus medios de fortuna.

—Pues, vamos... puesto que estás tan decidido, echémonos ahora mismo á la calle en persecución de nuestro deseo: ayer, casualmente, vi en la plaza inmediata los avisos de una habitación en alquiler...

Y dicho y hecho: Micaela y Nicomedes, marido y mujer, matrimonio ya maduro, sin hijos, empleado él en las oficinas del monopolio de los fósforos con sueldo muy modesto, y entregada, ella, á *las labores de su sexo*, como se describe en los padrones municipales el estado profesional de la inmensa mayoría de las mujeres, pusieron en marcha más provistos de ánimo para llevar á cabo su intento, que de fuerzas para soportar las fatigas de una excursión sin medida, alternada con subidas y bajadas de escaleras y vueltas y revueltas por corredores, pasillos y antenas.

A pocos pasos de la suya dieron con una casa en cuyos cuatro balcones del tercer piso *anunciaban el vacío* sendos papeles de periódico.

Entróse nuestro matrimonio por el portal diciendo



poco menos que á dúo: ¡Portera!... ¡Portera!... ¡Portera!...

Nadie respondió á su llamamiento.

—¡Ya tenemos un dato satisfactorio! exclamó don Nicomedes; esta casa está bien vigilada.

—Sí, sí: luego se quejan de que roban y ponen *petardos* y se llevan cuanto pillan por delante...

—¡Ea, ea!... Con la música á otra parte.

Ya iba nuestro matrimonio á deshacer lo andado, cuando apareció en la puerta de la calle una mujercilla regordeta y achaparrada, de aspecto sucio y traje descuidado, que en nada hubiera desmerecido como habitante de una zahurda de Jaffa ó Dahomey, interpeleándole en esta forma:

—¿Querían *ustés* algo?

—Preguntábamos por la portera para que nos enseñara el cuarto desalquilado; pero puesto que no está...

—No lo extrañen *ustés*, porque es lavandera, y á



esta hora está en el río, y el marido, que es de esos del Ayuntamiento, *quío icir*, guardia, estará de servicio.

—¡Pues está bien servida la portería!...

—¿Y qué *quién* *ustés*? Si el casero les da cuatro pesetas al mes y les hace poner el petróleo de los faroles y fregar dos veces á la semana toda la escalera.

—¡Gran necesidad tendrán los pobres!

—Como que si no *fué* por aprovecharse del camaranchón que les deja, y en donde duermen con sus cuatro hijos, ya haría mucho tiempo que le *hublan mandao*...

—Sí, sí, no diga usted dónde, ya lo suponemos. En fin, si acaso... volveremos.

—A eso de las diez y media de la noche ya la tienen *ustés* aquí...

—¡Bonita hora para apreciar las luces... de la escalera!

—Eso... la noche que arden, porque como cada noche se encarga una amiga de la *señá* Tomasa, que así se llama la portera, de hacerla el favor...

—¡Vaya, vaya Nicomedes, esto está visto!... salgamos.

—¡Pues vayan *ustés* con Dios y hasta otra!

.....
No *fué* corto el trayecto que recorrieron nuestros conocidos hasta dar con otra casa que ofrecía habitaciones desalquiladas.

En la puerta se hallaba un hombre de mediana edad, ceñudo y de catadura poco tranquilizadora, fumando en *pipa*, y fijando, de vez en cuando, la vista en un ejemplar de *Las Dominicales* que tenía en la mano.

—¿Es usted el portero?...

—Así parece, contestó groseramente: ¿qué les ocurre?

—Queríamos saber el precio y condiciones de los cuartos desalquilados.

El portero lanzó al matrimonio una mirada investigadora de pies á cabeza, y añadió después con desdeñosa indiferencia:—*Esos cuartos no son pá ustedes*.

—¿Y usted qué sabe?...

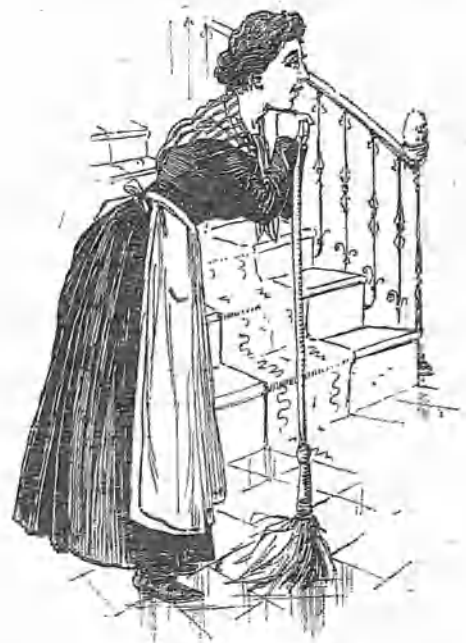
—Lo digo, porque no tienen ustedes *pelaje* de pagar ocho mil quinientos reales, y el amo no es amigo de andar con juicios y escribanos...

Esta vez los esposos se miraron y se comprendieron, y con dignidad cesárea giraron sobre los talones, sin dirigir siquiera una mirada al *ourangoutan* á quien, sin conocerle, se habían dirigido.

.....
En su tercera prueba fueron más afortunados.

Al pie de la escalera, en que resplandecía la limpieza y se aspiraba ese secreto perfume que exhalan las casas en que imperan el orden, la paz y el bienestar doméstico, les recibió una mujer, joven, agraciada, sencilla, pero pobremente vestida y con la afabilidad y la sonrisa en el semblante.

—¿Por quién preguntan los señores?



—Deseábamos saber el precio y condiciones de alquiler de la habitación...

—Son dos las desocupadas: la una cuesta seis mil doscientos reales, y la otra cuatro mil quinientos;— y aquí rompió á hablar nuestra heroína, expresándose en estos términos:

—Es posible que no les convengan, porque no tie-



nen más que nueve piezas la una, y siete la otra, y muy pequeñas, y algunas con segundas luces, y otras oscuras y faltas de ventilación: además *el señor* es muy exigente, no quiere inquilinos que tengan hijos, ni liestos, ni pájaros, ni perros; no permite pianos, ni violines, ni instrumentos de viento; no consiente que se tienda ropa, ni que se haga humo...

—Guisarán ustedes con espíritu de vino, ó con la luz eléctrica,

—Poco menos.

—¡Vaya, vaya! pues no hablemos más: gracias por sus noticias y consérvese bien.

—Vayan con Dios los señores.

Ya caminaba nuestro matrimonio un tanto amoscado, y con ánimo de suspender por aquel día su visita, cuando hizo frente á una casa, de muchos pisos y de aspecto modesto, en que también había una habitación para alquilar.

Apenas habían puesto el pie en el portal, cuando vino á tropezar con ellos un hombre que bajaba la escalera desenfrenado, con el rostro encendido y las señales de quien sufre un arrebató de ira.

—¿Vienen ustedes á ver el cuarto desalquilado? les dijo de buenas á primeras.

—Sí tal.

—¡Oh! ¡Dios les libre de caer en esta ratonera!

—¿Qué dice usted?

—Digo, que si en algo estiman ustedes su tranquilidad, huyan de este maldito lugar: ¡esto no es casa, esto es el infierno! ¡la casa de locos!... Aquí no se puede vivir ni respirar, ni tener un momento de sosiego. ¡Oiganme ustedes y tiembren! Los pisos bajos los ocupan, el uno, un maestro de escuela municipal, con doscientos chicos que son otros tantos demonios, que desde las primeras horas de la mañana rezan y cantan á gritos; el otro, un chocolatero, á brazo, que produce un ruido infernal con el sacudimiento de sus cajas de lata; en el principal vive un profesor de cornetín; en el segundo, un maestro de esgrima, que hunde el piso á patadas; en el tercero, una corsetera, con siete oficiales que cosen á máquina y producen un ruido infernal: en fin, no quiero seguir... ¡Esto es un tormento horrible! ¡horrible! ¡horrible!.. Ahora, si tienen ustedes valor y apego á la vida, ¡vénganse á vivir aquí!... ¡Yo huyo para no volver más!.. Y desapareció corriendo.

Y poco menos que á su paso salió de la casa nuestro matrimonio, decidido á no seguir, por aquel día, su visita de inspección domiciliaria.

Convengan ustedes conmigo que la estación presente es la mejor para buscar casa.

EDUARDO SACO



Tempo de Gavota

Piano

Allegretto



Gerónimo Giménez

UNA DE TANTAS

I

Por sus cabellos de oro,
que, vendidos, valdrian un tesoro,
sus formas ideales,
y sus ojos más negros que las moras,
no había en todo el coro de señoras
quien pudiese igualar a la *Mochales*.
Me tuvo medio mes embelesado;
lo quise con delirio, con anhelo...;
porque era tan hermosa, que á su lado
eran feos los ángeles del cielo.
Después de una semana
de rudo asedio, hasta encontrarla á tiro,
poniéndose más roja que la grana,
me juró eterno amor una mañana,
tomando chocolate en el Retiro.
¡Oh chocolate de feliz memoria!...
Al fin canté victoria
después de los horrores del combate;
y aunque á mí no me gusta el chocolate,
el chocolate aquél me supo á gloria.

II

Fuí feliz como nadie. En quince días
gocé de las mayores alegrías,
navegando en el mar de los placeres.
¡El mundo me envidiaba!
Hasta ella me era fiel, ¡y me admiraba!
porque esto es cosa rara en las mujeres.
Un día, ¡día aciago! no sé dónde,
á la que era mi amor y mi embeleso,
la conoció, por mi desgracia, un conde
tan bruto como río... ¡y era un Cresol!
Y como la muchacha era tan bella,
¡cosa muy natural! se prendió de ella.
¡Ay! Yo me eché á temblar desde aquel día,
y con mucha razón, porque sabía
que el conde, hombre muy ducho en estas cosas,

como medio de dar siempre en el blanco,
escribía las cartas amorosas
en billetes de Banco.

Y como yo no tengo dos pesetas,
ni las tendré jamás, porque es sabido
que, escribiendo romances y cuartetas,
ni el mismísimo Dios las ha tenido;
temí, con fundamento, que la chica
por el afán, muy justo, de ser rica,
me dejase plantado
por el amor del conde empecatado.

III

¿Que el conde venció al fin? No fué un portento,
porque en tales cuestiones,
siempre que se argumenta con millones,
no hay virtud que resista el argumento.
Sólo dos meses le duró el condado,
porque el conde, cansado
de un amor que pagaba con encajes,
cintas, joyas y trajes,
donde toda caricia era ficticia,
y costaba un caudal cada caricia,
con pretexto de un viaje á no sé dónde
á regiones extrañas tendió el vuelo,
y hoy nadie sabe dónde pára el conde,
porque nadie le ha vuelto á ver el pelo.

IV

Y ella, á pesar de sus cabellos de oro,
de sus ojos tan negros como moras,
y de que en todo el coro
era, por su hermosura, la primera,
volvió de nuevo al coro de señoras,
donde puede encontrarla quien la quiera.

MANUEL SORIANO

Una excursión en bicicleta.



1
Montado en bicicleta
salió Juan satisfecho,
corriendo por el campo
más rápido que el viento.



2
Aquel rudo ejercicio,
rindiendo fué su cuerpo,
y el sol, que ya abrasaba,
tostándole el cerebro.



3
Sin vista y aturdido,
y casi sin aliento,
ya el pobre ni veía
los postes del telégrafo.



4
Siguiendo su carrera
acometióle un perro,
dejó caer á un chico
y cien sobre él cayeron.



5
Y al fin, mordido, roto
y exánime y enfermo,
cargado con su «chisme»
volvió Juan tan contento.

VERBENAS



Porque tengo muchísima
sangre torera,
me bailo en tós los bailes
tós las verbenas,

y le juro con mucha
la formalidaz,
que lo que es este cuerpo
no puede ya más.

Desde hace algunos años
es un delirio;
se organizan verbenas
por los distritos

y luego por los barrios,
y pronto quizás
cada día una calle
verbena tendrá.

Fues si por cada santo
verbena se hace,
no hay más que hacer la cuenta
del almanaque.

y dígame usted luego
si es que uno al final
pué tener resistencia,
que no la tendrá,

Se baila sin descanso
por toó lo fino,
si es preciso se bebe
(que si es preciso),

y se mete la pata,
como es natural,
á fin de que haya un poco
de «animosidaz.»

Peró yo, cabayero,
llevo la cuenta
y ya llevo mil nueve-
sientas verbenas

sólo desde unos pocos
años para acá,
y por eso no hago
más que preguntar:

«La primera verbena
que Dios envía
es la de San Antonio
de la Florida.»

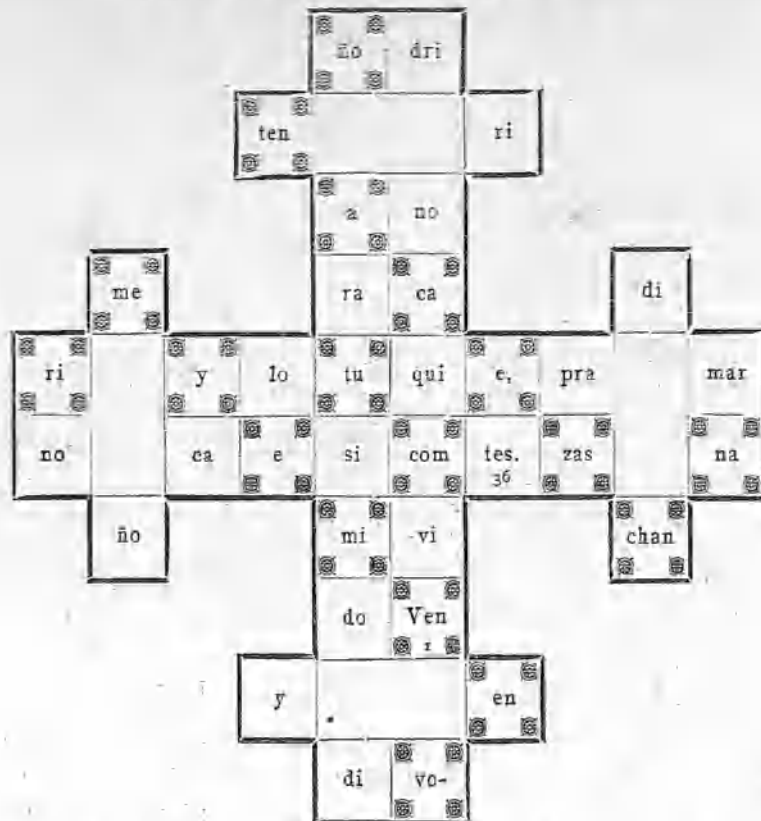
«Sabe ústez, cabayero,
por casualidaz,
cuándo va á ser la última
verbena que habrá?»

Así me dijo un joven
la otra mañana,
con voz muy compungida,
muy triste cara;

mas tocó un piano cuando
le iba á contestar,
y él se fué sin oírme
llevando el compás.

La primera verbena
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida.

«Sabe ústez, cabayero,
por casualidaz,
cuándo va á ser la última
verbena que habrá?»



¿Que soy un pillo y un t..... 1
 Por Dios, Paca, no abu..... 6
 de mi paciencia y no u..... 6
 tal lenguaje inoport..... 1
 que toleré ese agua..... 0
 una vez, y dos y..... 10
 y hoy no le aguanto, par..... 10
 ni al mismísimo lu..... 0

EDMUNDO DE C. BONET.

PENSAMIENTOS

La coqueta es una mujer que se ríe de lo mismo que luego la hace llorar.
 PALACIO.

La mejor venganza de la murmuración, es el desprecio y el olvido.
 BACÓN.

Jeroglífico.



GRAN FÁBRICA DE SOMBREROS

DE

GASPAR ABATI

Capellanes, 10.

Véase el anuncio en la tercera plana de la cubierta.

Charada.

El chiquitín Juan de Dios decía ayer de este modo:
 Mi prima-prima tres dos con la solución del todo.

A. RODRÍGUEZ.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

POR LUIS GARCIA.

- 1 2 3 4 5 6 7 8 9 Semanario ilustrado.
- 3 4 5 7 8 6 2 Marino ilustre.
- 4 8 7 2 1 Contrario.
- 2 4 5 6 9 Tiple cómica.
- 3 4 2 6 9 Color.
- 4 5 6 2 Batracio.
- 2 6 5 Nombre de mujer.
- 1 9 Nota musical.
- 7 Número romano.

Soluciones

Á LOS PASATIEMPOS DEL NÚM. 4

Al salto de caballo:

Mi primera es letra, querido lector, segunda con cuarta el nombre de un dios, la tercia sin duda te da negación, y un todo he comprado á mi dulce amor.

A la charada.—ABATICO.

Solución á la charada.—INDEPENDIENTE.

Al enigma histórico.—ALJUBARROTA.

Al jeroglífico.—LOS MARAGATOS SON LOS MÁS APEGADOS Á SU TRAJE.

Las soluciones de los pasatiempos de este número se publicarán en el siguiente.



QUEJA

NÚM.

100

- No creo justo y sin..... 0
- vuestro altercado import..... 1
- juugo, esposa, que ning..... 1
- tolerara ese agua..... 0
- ¿Que bebo, fumo y trasn..... 8
- ¿Que me juego hasta los de... 2
- ¿Que solo vivo entre enre.... 2
- ¿Que una actriz me tiene ch... 8
- ¿Que me aguardan mil desas.. 3
- dentro de días conta..... 2
- y que no tengo abona..... 2
- los recibos de mis sas..... 3
- ¿Que á mi casa acuden to.... 2
- blandiendo siempre el a..... 0
- ¿Que no pago al carni..... 0
- ¿Que son rústicos mis mo.... 2